

FIN DE LA ESCUELA

Es bueno que lo sepamos todos. Es bueno que lo recordemos todos los días. La escuela ha sido establecida para que realice unos cuantos objetivos. Uno de estos objetivos es el de alfabetizar al muchacho. Otro es iniciarlo en el manejo de los números. Otro es iniciarlo en el conocimiento de la patria: su geografía, su historia, su constitución cívica. Otro es darles los primeros conocimientos de ciencias naturales. Otro es ponerlos en práctica de deportes. Otro, muy delicado, es darles educación, que no hay que confundir con la simple instrucción. Esta educación está fundamentada en la fijación de hábitos positivos. Etcétera. La relación, sumaria y todo, demuestra que la escuela tiene que formar bien al muchacho. Bien en lo intelectual, Bien en lo físico. Bien en lo moral. La escuela ha sido ideada para estimular y orientar la formación de una personalidad armoniosa.

Todo esto es cierto y lo saben todos los maestros. Todo esto es cierto y lo sabemos todos los demás. Todo este cúmulo de objetivos integra la llamada globalización del trabajo diario en el aula. Pero por encima de todo esto, más allá de toda esta armazón teórica, la escuela ha sido establecida para que cumpla un objetivo esencial. El objetivo esencial de la escuela consiste en que la escuela debe enseñar a leer al muchacho.

En nuestra cartilla pasada sentábamos un dato exacto. La escuela venezolana fue tradicional hasta 1937. Y esa misma escuela es nueva desde entonces acá. El cambio ha sido sensacional por decir lo menos. Y consiste en algo muy elemental de que no se han dado mucha cuenta ni los maestros, ni los estudiantes, ni los padres, ni los representantes, ni el mismísimo Ministerio de Educación, ni nadie. Algo que comprobamos todos los días en el liceo y en la universidad. Algo que explica y aclara y pone de relieve la crisis educativa nacional de que tanta gente se queja sin mirar hacia la causa.

El cambio consistió en esto. La Escuela Tradicional que llegó hasta 1937, enseñaba por encima de todo y casi con exclusividad, a leer. El muchacho salía del sexto grado sabiendo leer y, casi casi, sabiendo escribir también. La Escuela Nueva que tenemos desde 1937, no enseña a leer. Y, desde luego, mucho menos a escribir. La escuela venezolana, de acuerdo con estos datos que cualquier lector avisado puede comprobar, lleva ya cuarenta y cinco (45) años de haber dejado de cumplir el fin esencial de toda escuela. El de enseñar a leer y escribir a los muchachos. La catástrofe no puede ser más impresionante.

Aclaremos por sí las moscas, el objetivo. Enseñar a leer no es solamente alfabetizar el muchacho. Todos sabemos que allí, en aquel cartelón callejero, dice, por ejemplo, "ni son correctos ni arreglan esto". Esto lo lee todo el mundo alfabetizado. Enseñara leer es algo más decisivo y más profundo y más trascendente. Enseñara leer es, mediante lectura silenciosa suficientemente ejercitada, mediante lectura en alta voz ejercitada del mismo modo, mediante recitación de trozos selectos, mediante memorización de poemas, y mediante composición sobre temas diversos: poner al muchacho en condiciones de dos cosas: de comprender a cabalidad el contenido intelectual de la lectura; y de sentir a cabalidad la belleza de esa misma lectura. Esto es enseñar a leer. Despertar, por la lectura, la inteligencia. Y estimular, por la lectura, la sensibilidad. Y con ambas cosas crear el hábito del libro. La escuela venezolana será todo lo nueva que queramos, pero lleva cuarenta y cinco (45) años que dejó de enseñar a leer a los muchachos. Es decir lleva casi medio siglo que no cumple el fin esencial para que fue establecida.

¿Qué significa, en otro sentido, esta realidad tan trágica para nuestra cultura? Significa que, desde 1937, tres generaciones de venezolanos han atravesado la escuela, han atravesado el liceo, y han atravesado la universidad, sin haber aprendido a leer. Por eso es por lo que no estudian. Por eso es por lo que no aprenden. Por eso es por lo que son tramposos profesionales en todos los exámenes. Por eso es por lo que no hacen sino vilipendiar, con sus desplantes, el título que cuelgan en la puerta del consultorio. Por eso es por lo que no compran un libro. Por eso es por lo que no asisten a un acto cultural de ninguna naturaleza. Por eso es por lo que no saben sino jugar bolas y beber güisqui. Etcétera.

Algo más todavía. Las dos primeras de estas tres generaciones de alfabetizados de que hablamos son las que nos están gobernando. Nos están gobernando desde todas partes: desde la política, desde la industria, desde la agricultura, desde la educación. A tales generaciones pertenecen, par igual,

nuestros líderes y nuestros maestros actuales. Decimos esto para que se nos comprenda. Ninguno de estos dirigentes de la política o de la economía tiene sentido de la cultura. Por eso, la reforma a que hay que someter la escuela para que vuelva al cumplimiento de su fin primordial carece de oyentes. No la escucha nadie. Ni el Ministerio de Educación, que está comandado por gente salida de la Escuela Nueva, causante del desastre.

En fin, pues. La escuela nacional está fuera de toda órbita cultural. Olvidada de su fin esencial que es el de vincular cada nueva generación con el libro, se ha limitado, durante tres generaciones, solamente a alfabetizar nuestros jóvenes. El hecho es triste. Pero absolutamente cierto.